

ALFREDO LEFEBVRE

VIAJES EXTRATERRESTRES*

Se comienza por nuestro satélite

EN LA ERA moderna, el primer hombre que llegó a la luna fue un español: Domingo González, natural de Sevilla. En 1600.

Es el protagonista del célebre relato de Francis Goldwin, *A man in the moon*, publicado en 1638, varias ediciones posteriores, traducido al francés y bastante leído en su época. Se le considera ejemplar en su género. Un mérito principal: aparece la concepción copernicana del universo; desde las alturas, Domingo contempla la tierra y la describe como dicen hoy los astronautas.

Algunos franceses señalan adelantado de esa aventura en los espacios a Cyrano de Bergerac, con su *Histoire comique ou voyage dans la lune*, de 1656. Como usa ciertos cohetes impulsores en una de sus salidas del planeta, lo han declarado abuelo de la ciencia-ficción, con honores de precursor. Y a propósito, no deja de ser curioso contar esto: en la historia de la aviación, hubo un francés, Gustav Trouvé, el cual, en 1870, inventó un modelo de máquina voladora; ésta se alzaba mediante una serie de cartuchos explosivos, semejante a los cohetes. Dicen que el ingenio voló sesenta metros antes de posarse de nuevo en el suelo. No faltaría un imaginativo que atribuya a Cyrano la inspiración del modelo de Trouvé.

Un inglés, John Wilkin, soñó el gran acontecimiento, llevado a cabo por un inglés; Johann Kepler, por un alemán, y Marjorie Hope

*Este trabajo es versión abreviada del tema, tratado en un libro del autor, titulado *Los españoles van a otros mundos*. Editorial Pomaire, 1968, por aparecer.

Nicolson, al concluir su análisis del libro de Goldwin, en su erudito ensayo *Voyages to the moon*, afirma sobre Domingo González: "Aunque él se denominó a sí mismo con un nombre español, fue en realidad el primer inglés volador que alcanzó la luna".

Frente a estos descubridores literarios de mundos celestes, se repetiría la pintoresca disputa del Colón español o italiano.

En el xvii Congreso Internacional de Astronáutica, celebrado en Madrid, la institución correspondiente y local obsequió a sus huéspedes una edición facsímil del libro de Goldwin. El regalo fue de la traducción francesa de Jean Baudoin, 1648; en el prólogo, Francisco González-Quijano, señala dos alusiones a Domingo y su vuelo aparecidas en una obra de Leibniz, para demostrar la difusión de tal historia, y destaca el ambiente español del asunto, subrayando en el grabado que acompaña el texto, tres carabelas, evocadoras de la Santa María, la Pinta y la Niña; se ve el mar, la isla de Tenerife y la fantástica máquina voladora del héroe, ya alzada sobre el Pico de la isla, desde donde inició su hazaña; pero bien pudiera interpretarse aquellos navíos como las tres carabelas inglesas que desbarataron la flota de Indias, según el mismo relato, en uno de cuyos carrick viajaba González, desde Santa Helena, rumbo a España. Por lo demás, la misma ilustración inglesa aparece con más cantidad de barcos...

El sistema de vuelo de nuestro astronauta no imitó la mitología griega, como sucede con el más antiguo viajero a la luna, Icaromenipo, según Luciano de Samosata, con alas de águila y buitre, adosadas al cuerpo. González voló siguiendo el transporte por tierra usado en sus días: el de la tracción animal. Para ir hacia los aires más altos, y más lejanos, en vez de caballos o bueyes alados, usó unas gansas, por él mismo domesticadas; como solían emigrar a la luna en los inviernos, se lo llevaron sin más en el simple vehículo que ellas tiraban, desde las alturas de Tenerife, en un momento de peligro, cuando se acercaban unos salvajes del lugar, con estacas y otras armas.

El ingenio consistía en unas poleas sujetas a cada ave, y cordones fuertes de adecuada longitud que pasaban por ellas, permitiendo repartir el peso del viajero entre todos los veinticinco pájaros, mediante un dispositivo a modo de columpio, sobre el cual iba sentado González.

Cuando ensayaba su máquina, allá en la isla de Santa Helena, descrita en el libro como un paraíso, colocó en ella un cordero; el

éxito del experimento le hace decir que ésa fue la primera criatura que voló por los aires mediante tan prodigioso invento; el relato va escrito en primera persona, con todas las variaciones de ánimo, recuerdos, entusiasmos, reflexiones. Lo curioso de ese vuelo del cordero es su alcance de anticipación, registrado por Marjorie Hope Nicolson: En una de las primeras pruebas de los hermanos Montgolfier, en 1783, el globo se alzó con moderación delante del palacio de Versalles, y los pasajeros que llevaba eran una oveja, un gallo y un pato. Suponemos que el pánico de la experiencia impidió que riñeran entre sí. Han venido a pasar a la historia como los primeros animales que volaron. En nuestros días tenemos monos y canes orbitales. Tal vez sobre la perra Laika debemos entender un verso, en un poema del poeta chileno, Teófilo Cid; muchos años antes de tales acontecimientos escribió de "una perra lamida por el éter".

A miles de kilómetros de altura, Domingo relata lo que ve, reflexiona sobre los fenómenos de la gravedad que experimenta, dentro de las ideas de los días de Goldwin, defiende algunos puntos de la doctrina de Copérnico, y desprecia las concepciones referentes a la región del aire y del fuego. He aquí la descripción de su planeta de origen:

"A medida que me alejaba, el globo de la Tierra se empequeñecía, y al contrario, el de la Luna crecía a cada instante. La Tierra que tenía siempre a mi vista, me parecía cubierta de nubes y con una luminosidad apagada como la que tiene la Luna, y como en ésta son notables ciertas manchas oscuras, del mismo modo se ven en la Tierra; pero en vez de permanecer siempre fijas las formas de las manchas, como sucede en nuestro satélite, al contrario, cambian constantemente. La razón de esto, me parece, se debe a que la Tierra, según su movimiento natural, de acuerdo con Copérnico, gira alrededor de su pivote de oeste a este, en veinticuatro horas".

"Primero observaba, en medio de nuestro astro, una mancha en forma de pera, a la cual le hubiesen mordido uno de sus costados; al cabo de unas horas se había corrido hacia el este; sin duda era el gran continente de Africa. Luego apareció una admirable claridad, que se fue expandiendo por un largo tiempo: era el gran océano Atlántico. Al instante apareció ante mis ojos una mancha nueva, de forma ovalada, tal como América en las cartas geográficas. Detrás siguió otra inmensidad brillante, que no podía ser sino el mar del Sur. Finalmente una confusa mezcla de manchas que me parecieron los archipiélagos de las Indias Orientales. Comprendí que el

globo acabaría una vuelta completa y entonces volverían a pasar delante de mis ojos todos los países del mundo, en términos de otras veinticuatro horas”.

Sobre esta visión podemos hacer algunas comparaciones extrañas. Tomemos otra vista de la Tierra, desde el espacio exterior, la de un relato mexicano. Se titula nada menos que *Yo estuve en el planeta Venus*. Por cierto, al autor don Salvador Villanueva Medina, lo llevaron en los consabidos aparatos. Su historia se publicó en 1958. Cuando regresó, los incrédulos le preguntaban: —¿y dónde estuviste? Al viajero no se le había ocurrido averiguarlo, durante su excursión interplanetaria. Posteriormente tuvo una especie de sueño con aparición; en ese trance el venusiano que lo llevó le dicta una clase elemental de astronomía y en su diseño le muestra el segundo planeta del sistema solar nuestro. Sus descripciones del lugar son de poca imaginativa, y las del ingenio transportador, convencionales. Dentro de la nave cósmica había una especie de televisor redondo más bien que periscopio para las observaciones en el espacio; se lo regulaba con un dispositivo que permitía acercar planos, cual prodigiosos prismáticos. Leamos su vista del espectáculo terrestre:

“Luego los hombres me indicaron la pequeña pantalla, aconsejándome accionara la manecilla central”.

“Y por qué lo había de negar, pues no tengo ni conozco palabra para expresar lo que sentí, ni tampoco para describir lo que tenía a sólo unos metros de mis asombrados ojos que, para darles crédito, tenía que apartarlos de la pantalla y volverlos a través de la pared de la nave, que me parecía más real, más verosímil”.

“Dentro de aquella pequeña y clarísima circunferencia, en la que, a mi capricho y con sólo mover aquel diminuto control, podía traer y reducir todo un mundo, hasta en sus detalles más insignificantes, y ver a nuestro alargado continente nadar en una masa líquida, que se desvanecía en colores azul y rojo, hasta desaparecer sus contornos en un vacío infinito”.

Si trajésemos citas de las palabras de Gagarin, y otros astronautas, completaríamos la visión espacial de la Tierra; pero ya es tiempo de acercarnos más a su satélite, en compañía de Domingo González y sus gansas.

La aventura lunar del sevillano posee los caracteres propios de las utopías. El mundo selenita es sumamente ideal; allí se dan todas las perfecciones descuidadas en la Tierra; sus habitantes son más grandes de figura y de alma; ellos no conocen las cárceles; los

matrimonios, castísimos; nadie pronuncia palabras mentirosas y la fidelidad es la norma de la convivencia. La admiración más honda de Domingo, símbolo de toda su idealización, es la del color, sin afinidad con ninguno de los que vemos acá; no se puede explicar el radiante color de la luna, como un ciego, la diferencia entre el azul y el verde.

Gracioso es un inesperado sistema de transporte que allí prueba. Considérense las dotes físicas de los selenitas y la escasa gravitación del satélite. Véase dar un salto a esos fornidos y fácilmente quedarán suspendidos en el aire. A. Domingo le pasaron, para ir al palacio de Pylomas, príncipe del país, un par de abanicos, "semejantes a los que usan las mujeres españolas en el verano". Júntense todos estos datos y veremos a nuestro viajante volando con los abanicos a modo de alas.

En la historia de ese paraíso selenita, hay un relato más escandaloso que pintoresco. Para que el mal tenga pocas trazas de practicarse, a los críos que van naciendo les descubren fácilmente las disposiciones espirituales con que se desarrollarán; si aprecian un destino torcido, toman al niño, lo conducen a la Tierra, y proceden a un intercambio de niño seleno malo por otro terrícola bueno. Ahora bien, el punto de comunicación con nuestro planeta es una montaña de Norteamérica, "cuyos pobladores, cosa que creo a ojos cerrados, descienden por completo de los hombres lunares, y cuyo recuerdo llevan en el color y el uso continuo del tabaco, del que los de la luna fuman con exceso; además, el lugar abunda en humedad, cosa muy del agrado de ellos; algunas veces, aunque no muchas, equivocan el camino y el niño era dejado en Europa, Asia o Africa".

El narrador confirma esta historia con referencias a unos autores que trataron fábulas semejantes; y nos deja una porción de norteamericanos muy inquietantes, a lo mejor, la montaña aquella estaba cerca de Dallas, y todas, todas las pipas del mundo, han quedado selladas por un origen extraterrestre.

Es curioso considerar que el escritor norteamericano, el genial Howard Phillips Lovecraft, ha revivido algunos supuestos selenitas de Luciano, de este modo. En *El modelo de Pickman* se lee: "Ya conoces el antiguo mito acerca de los cambios que efectúan los seres sobrenaturales, los cuales dejan a sus propias crías en las cunas y se llevan a los niños que reposan en ellas. Pickman mostraba en su cuadro, lo que le ocurre a aquellos niños robados, cómo crecen..., y

a partir de aquel momento empecé a ver una espantosa afinidad en los rostros de las figuras humanas y no-humanas”.

El regreso a la tierra de Domingo, con sus gansas, lo llevó a China, donde deambula y se entiende cordialmente con un mandarín; espera llegar a su patria con piedras preciosas, obsequiadas de origen selene, y lecciones de ética y felicidad de oro, para ejemplarizar con la luna.

Muy a tono con el tema, en el libro de Francisco Goldwin, hay unos juicios de anticipación; ignoramos si han sido alguna vez considerados. Antes de despedirnos de sus páginas, leamos esas profecías:

“Un día veréis a los hombres volar por sus propios medios, sin alas. Y sucederá que usted, sin moverse y sin ayuda de nadie, podrá enviar mensajes a donde quiera, y tener la respuesta en un instante. En cualquier lugar que permanezca otra criatura amiga, sea en la soledad o en las ciudades más pobladas, le será fácil transmitir sus pensamientos, y hacer cantidad de cosas aún más admirables”.

“Pero lo maravilloso estaba para todos en aquel descubrimiento de un mundo nuevo, y la abundancia en él de varios efectos raros de la naturaleza, que hasta hoy nos han sido secretos, y aun desconocidos a los más antiguos filósofos”.

Lo leemos, mientras cada día usamos las maravillas que él presintió en 1638, y vivimos en el mundo nuevo, que ayer fue América, y mañana, tal vez, otro planeta.

Recorrido por los astros.

En viejos libros españoles encontramos otras historias de vuelos cósmicos; los hay con visitas a cielos e infiernos, con paseos por la región del aire y del fuego, o por los planetas de nuestro sistema solar. También se lee el discurso visísimo sobre el viejo problema de la pluralidad de mundos, con curiosos habitantes. Vamos a ver un caso bastante rico en información celeste.

Se llama nada menos que *Viaje estático al mundo planetario*, del abate Lorenzo Hervás y Panduro, de 1793. El título podría estar imitado del *Itinerarium exstaticum* de Athanasius Kircher (1656). Su contenido: un tratado de astronomía, “en que se observan el mecanismo y los principales fenómenos del Cielo, y se indagan sus causas físicas”. Valbuena Prat estima la obra a la altura de las grandes concepciones cosmológicas de la generación del abate, y ve una

entraña viva de poesía: la armonía entre ciencia y religión. Además, este jesuita expulso escribió valiosas obras de filología y tiene un ensayo de antropología científica, en italiano, que lo distingue como pionero en dicha disciplina, la "Storia della vita dell'uomo".

En el *Viaje estático* se encuentran unos capítulos muy completos sobre los "planetícolas" o habitantes de planetas. Ni un libro contemporáneo, como el notable de Walter Sullivan, *No estamos solos*, trae una selección de opiniones antiguas tan completas sobre el tema, como aparecen en las páginas de Hervás, salvo cierto inaudito dato de Anaxímenes de Lámsaco, maestro de Alejandro el Grande: dijo a los guerreros de su discípulo y amigo haber conquistado uno de los muchos mundos existentes. ¿Qué cara pondrían los soldados al escucharle esta versión antigua de un encuentro con extraterrestres?

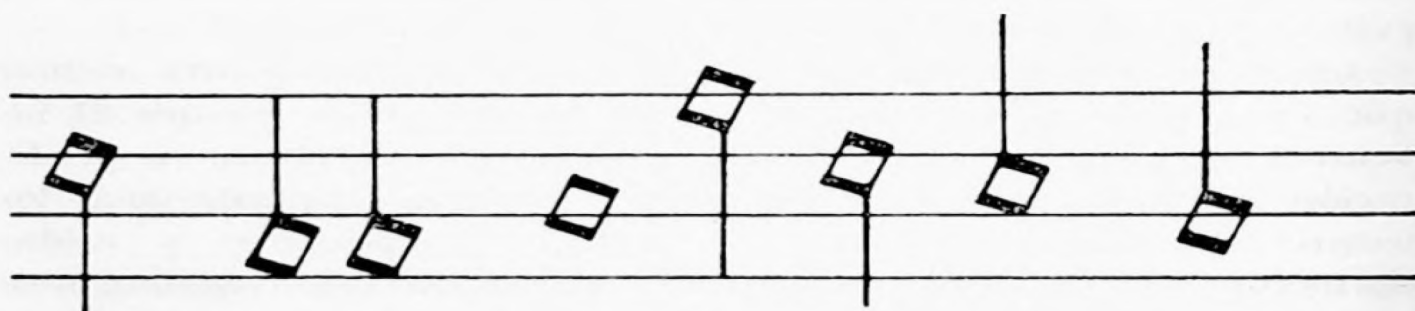
Tampoco citan el viejo Hervás ni el novísimo Sullivan, las ideas de Teng Mu, de la dinastía Sung; este ilustre chino llega a exclamar: "¡Cuán irrazonable sería llegar a suponer que, exceptuando la tierra y el cielo que podemos ver, no hay más cielos y tierras!". Estas palabras orientales parecen intuir universos paralelos. Metrodoro, citado desde Plutarco hasta Flamarión, consideraba absurdo "colocar nada más que un mundo en el espacio como creer en la existencia de una sola espiga de trigo en un vasto campo".

Lorenzo Hervás y Panduro despotrica varias veces contra autores que imaginaron asuntos extraterrestres sin pensar en los que él inventará a lo largo de su texto; usa un tonillo eclesiástico de predicción agresiva contra todos los males y errores, muy sabroso a los lectores de hoy, postconciliares: "Autores peregrinantes y medio dormidos, que con títulos de sueños, recreación y entretenimientos hablan de los Cielos, criando caprichosamente nuevos mundos, fingiendo ridículamente pobladores, e inventando leyes y modos fantásticos de gobierno", como si los cielos físicos fuesen también especialidad exclusiva de los eclesiásticos, y nuestro buen Lorenzo no estuviese exento de delirios alucinantes.

En la introducción presenta su objetivo, con mucho ánimo, e invita a seguir su vuelo interplanetario; "la fantasía solamente nos servirá de barca para navegar y de pintor para figurarnos todo lo que vamos a ver". Y se le ocurre denominar "cosmopolita" al lector. Leamos un pasaje para entender cómo es el sistema mental de su viaje. Se refiere al interés del lector por ver a los habitantes de Marte:

"Para que logres este deseado descubrimiento vuela conmigo, y nos colocaremos sobre Marte: vamos a él... Estamos ya en este planeta, cosmopolita. Veo en ti de bulto la curiosidad e inquietud con que por todas partes miras a la superficie de Marte para descubrir los deseados planetícolas". Sucede que llamará "viaje" a toda reflexión en torno a los fenómenos astronómicos y a los supuestos, para él "razonables", sobre la pluralidad de mundos habitados. Otros usaron tal forma estilística, él mismo cita un *Viaje al mundo de Descartes* de Gabriel Daniel. Si se refiere a Copérnico, Kepler o Galileo, las ideas de ellos las expondrá, dentro de la alegoría del viaje, diciendo en otra perspectiva de narración, puesta en boca de los selenitas: "ha llegado a este mundo lunar, Keplero, el cual, tal y tal cosa".

Cuenta de un viajante español, que bien conocemos, y éste sí fue un viaje "real" y no de ideas; se asomó por esos lugares selenitas e informó, entre otras cosas, acerca de la variedad de idiomas terrestres, frente al único y musicalísimo del satélite, tanto que, en la edición francesa de la historia de Domingo González, vienen las siguientes notas musicales, para que nosotros podamos pronunciar, en buena lengua lunar, el nombre de nuestro héroe:



Volvamos a los viajes estáticos, sin música, pero con poesía. Nos muestra la *Divina Comedia* como un viaje extraterrestre. Dice que los anales selenitas registran el nombre de un gran poeta terrícola, no menos insigne por su inspiración como por su piedad religiosa; llegó... "buscando en este mundo lunar el paraíso de las almas castas y religiosas".

Hay unos ultrasonidos del pensamiento pitagórico que indignan a nuestro irritable autor, en nombre de la verdad y la razón, dándoles a sus páginas, en algunos momentos, un cariz de antipoema. Dicen Macrobio y Plutarco: la Luna era el lugar de las almas, las cuales bajaban a la Tierra para animar los cuerpos de los que iban naciendo.

do. Según la concepción de un universo cerrado, veían en el cielo dos puertas. Una con signo Cáncer, umbral del descenso de las almas, y otra con Capricornio, entrada del regreso, cuando llega la muerte, para vivir la inmortalidad y recibir una veneración de dioses.

Varias veces despotrica Hervás contra el viaje a la luna de Astolfo, según el canto 34 del *Orlando furioso*. La manera cómo protesta es más sensacional que el hecho referido: Es Astolfo quien comunica al autor, Ludovico Ariosto, modo de ver pirandelliano, tantos "disparates"; y entre las locuras que más le escandalizan figuran ciertas botellas lunares que contienen los sesos de todos los que en la Tierra los perdieron; Astolfo, al llegar al satélite, se encuentra nada menos que con San Juan Evangelista; a lo mejor Ariosto participaba de la doctrina que dice que el discípulo amado no ha conocido la muerte y volverá en los últimos tiempos, junto con Elías. Con tan buena compañía, Astolfo descubre que la Luna es la región de las cosas perdidas; ve todas las lágrimas del mundo, todas las frustraciones del amor humano, las pasiones imposibles, los sueños tantállicos, cuántos suspiros de amantes y las mentes extraviadas, hasta recoger la de Orlando.

Hervás no habría descubierto que el arte de vivir consiste en saber perder.

Sigue como moralista censurando a Fortenelle, porque "hurtó el entusiasmo de Ariosto, para adulterar las noticias buenas que tenía de la física y componer con ellas un romance amoroso a su madama, que enmascaró intitulándolo *Tratado de la pluralidad de los mundos*. Muy mal dicho. Su juicio tiene la sordidez de los reprimidos sexuales. El célebre diálogo del francés se cultiva con una marquesa y no hay eros en sus páginas, salvo que queramos imaginar hervasianamente, cuando el sabio le dice a ella: "...en recompensa, una rubia como vos me hará soñar mejor que la más hermosa noche del mundo con su belleza morena". Cursi galantería de otros tiempos.

Pasemos a otro planeta con el abate, pero todavía debemos enterarnos de sus excesos imaginativos sobre el orbe lunar, supuestos para "iluminar la ignorancia con la ilusión".

Al cosmopolita empieza a contarle que en "su viaje al satélite", escribió un libro compuesto de varios tratados sobre ese mundo; desgraciadamente lo perdió... Había usado unos archivos selenitas donde vio los mapas que "ellos" conservaban de diversas épocas terrestres. Uno mostraba la Atlántida, "esa isla de que habla Platón".

Y en otros más viejos, "hechos quizá en el primer siglo, después del diluvio universal de la Tierra, encontré el Asia Menor unida con la Europa y no con las islas del archipiélago del mar mediterráneo que entonces no eran aún mar". Esto va más interesante que los célebres mapas de Piri Reis.

En un apéndice de su obra perdida puso una historia natural de nuestro vecino planeta; trataba largo de ciertas monas muy parecidas a las terrestres, aunque menos tontas que las nuestras. "Entre dichos animales encontré muy comunes las modas, que entre los terrícolas se llaman de personas en todo afeminadas". Crítica de época.

Sucedió que los lunícolas habían enviado espías a la Tierra, así muy sencillamente como un decir o un suspiro. De sus observaciones concluyeron que éramos hijos de diversos cometas, o "razas cometícolas", por la variedad racial terrestre. El autor varias veces afirma que la Tierra fue antes un cometa. No pensemos en cosmogonías astronómicas.

Mientras se encontraba en el mundo de la luna, contempló una embajada selenita que fue a quejarse al sol de diversos asuntos, en particular de las ideas de los filósofos terrícolas sobre el satélite. El autor indica que imitó ese recurso de Luciano. Se trata del diálogo sobre el *Icaromenipo, el volador*, y no su otro viaje a la luna, el de *Historias verdaderas*.

Sus lamentos y protestas le dan una buena ocasión para revisar todas las doctrinas en torno a la luna, conocidas hasta los días de Hervás. No discutiremos el inconformismo que alega, ni insistiremos en el modo de viaje con que presenta las ideas o las leyendas. A Descartes, Leibniz, Buffon, Linnepe, Hencke y muchos más, los trata de "proyectistas", que convierten las universidades en babeles.

En el colmo de sus rechazos llegará a discutir y atacar a los partidarios de la teoría general de la gravitación universal; por ahí desdeñará las matemáticas y otros deliciosos delirios.

Y pasemos a otro planeta. Mercurio. Aquí luce la arbitrariedad hispánica, y más fantasía que Fontenelle, no sin que, a lo mejor, le deba el español al francés más de alguna sugestión. Por lo demás, todos los imaginantes espaciales disponían de las mismas coordenadas mentales, y una era la correspondencia entre el clima del planeta y la complexión de sus habitantes.

Así ocurrirá con los hermícolas, nombre muy filológico que usa Hervás por los de Mercurio. La proximidad al sol de este planeta engendra el supuesto de un astro muy caliente; sus habitantes son,

por consiguiente, más negros que el hollín, y tan delirantes que, acaso, "en el planeta Mercurio están los hospitales para los enfermos de su vecino planeta Venus". Parece una imaginación exacerbada; no, ya Fontenelle había dicho que en aquel lugar ardiente "deben estar todos los manicomios del universo", después de suponer locos a sus habitantes, a fuerza de vivacidad.

Sigamos con Hervás; va a sacarle mejor partido a los excesos de temperatura. "Un hermícola llegará a tener la sangre tan caliente como un plomo derretido...; cuatro veces más caliente que el agua hirviendo. Ciertamente que si un hermícola apareciera en nuestra Tierra, todos lo mirarían como un tizón ardiendo o como un condenado. "Les pone, consecuentemente, unas venas y arterias durísimas, y espantoso ardor a "los espíritus vitales que son lo más puro y fogoso de la sangre". Variadas consecuencias describirá sobre los tales. Ellos no pueden estar dos minutos sin saltar, bailar o correr y hacer gestos con todos sus miembros". Las más inauditas suposiciones: "Cada hermícola va siempre cargado de instrumentos de música, y de lanzas y espadas; con una mano suena y con la otra hace guerra".

Lucubraciones opuestas a las anteriores llevan al autor a describir los habitantes de Saturno, astro muy frío, tan distante del sol, en el cual los saturnícolas parecen "torres andantes".

Sobre Marte y los marcianos, con nuestro abate de conductor, vamos a tener la misma suerte del Mariner iv. Discurrirá dificultades para ver dichos extraterrestres: sólo en espíritu o "con mente fantasmal" se encuentran en Marte. Sólo la mente, los sentidos no están en el planeta rojo. Caímos en la invisibilidad marciana. Una especie de humorada hay en todo esto. Nos recuerda la aventura del cohete norteamericano: Fotografió rocas muertas de Marte, pero al cabo de un instante de perturbación y pérdida de contacto con la Tierra. Entonces alguien dijo que los marcianos decidieron desviar el Mariner iv para que solamente registrase las zonas desiertas y no las grandes poblaciones marcianas de alta y viejísima civilización.

En cuanto a Júpiter, es gracioso que le parezca inhumano concederle habitantes: padecerían atroces terrores, con diluvios y terremotos abismales. *Ciudad*, la bella novela de Simak, describe ese planeta como un paraíso. Los terrestres llegan a él, adaptan el organismo a las condiciones jovianas, mundo de amoníaco en vez de agua, predominio de anhídrido carbónico sobre el oxígeno. No vuel-

ven más. Allí encontraron el lugar deseado y la hermosura de una edad de oro.

Hasta aquí hemos visto el supuesto de otros planetas habitados a través de analogías con nuestro mundo. Benito Feijóo tiene dos escritos en que algo avanza, a nivel mental más vecino al entendimiento actual de estos asuntos. En su discurso séptimo del *Teatro Crítico Universal*, titulado *Corruptibilidad de los cielos*, y en su carta sobre *Si hay otros mundos*.

El primer trabajo trae —como curiosa referencia— la de cierto Heródoto Heracleata, “citado por Atheneo, diciendo que las mujeres lunares son ovíparas y producen unos huevos, de que se forman hombres quince veces mayores que nosotros”. Hemos oído este mismo sistema de reproducción, referido a cierto planeta, del cual recibe comunicaciones un español que en Madrid, todas las semanas da charlas sobre sus experiencias con los extraterrestres.

De estas criaturas, Feijóo concibe variedad de formas y almas, y los multiplica hasta llegar a ponerles habitantes al sol, como otros, poco menos que con piel de amianto, y alimentándose de piedras, al modo de ciertos insectos. También supone de Dios seres que no necesitan alimentos. Por lo demás, Hervás acepta selenitas sin pan, ni agua, ni aire.

El abate concluirá su tema, enfrentando la religión con el postulado de los extraterrestres, con pleno equilibrio intelectual y una visión más cósmica de la fe, al extender a todo el universo la plenitud de la gloria creadora de Dios.

Más allá de las estrellas

Otro viaje fuera de la tierra, aunque dentro de un universo tolemaico, con visitas a paraísos e infiernos. No es tan dantesco como el de la *Comedia* famosa, ni tan melancólico como el del poema de Fray Luis de León “Noche serena”. Estos tres vuelos llegan a la más alta esfera, impulsados por ansias de absoluto.

El que seguiremos figura en un libro poco difundido, aunque célebre a través de los estudios erasmistas. Se llama *El Crotalón*, “vocablo griego que en castellano quiere decir juego de sonajas o terreñuelas”. Según la autorizada opinión de Santiago Montero-Díaz, *El Crotalón* fue compuesto entre 1551 y 1553. Menéndez y Pelayo lo publicó en 1931. Bataillon encuentra impenetrable conocer sus orígenes, lo mira como una colección de disparates, pero al considerar

los capítulos de viaje ultraterrestre, integra la obra en "la gran corriente de fantasía filosófica que va de Luciano hasta el *Micromegas* de Voltaire. Vuela por encima de la humanidad con una facilidad de que el *Mercurio* de Alfonso Valdés había dado ya ejemplo en España, y que volverá a encontrarse en *El diablo cojuelo*, de Vélez de Guevara".

Se supone pertenece a Cristóbal de Villalón. Problemas de paternidad. Su autor firmó con el seudónimo Christophoro Gnosopho, "natural de la ínsula Eutrapelia, una de las islas Fortunadas". Cada capítulo es un "canto de gallo". Cada canto, un diálogo entre dicha ave y el zapatero Micilo. El mismo gallo parlante explica que él es una reencarnación de Pitágoras. Villalón tiene otro libro sobre las transformaciones de este filósofo. Copia sin escrúpulo de libros ajenos, señala Bataillon, y agrega cómo se le nota en el estilo cuando está traduciendo; lo encuentra muy poco castizo y niega el supuesto autor, no sin destacar su audacia erasmista y gran animación espiritual. Al cabo es un libro satírico y vital.

Por lo demás, el mismo Villalón dice que imitó el estilo de Luciano, y en su relato se identifica con el *Icaromenipo*, volador, hasta el punto que se aprecia un fuerte paralelismo con el diálogo del persa-heleno, pero a la vez, una singularidad muy significativa en el español; ésta es su visión cristiana de las cosas, no sólo en la crítica erasmista, contra curas y filósofos y contra todos los vicios humanos, sino en el mismo escenario del firmamento, como veremos.

En tercera persona, el autor habla de sí mismo y de su trabajo: "Es de notar que por no ser traducción a la letra y al sentido, le llama contrahecho, porque solamente se imita el estilo"; la palabra que usa y subrayamos nos da la clave; ése es el término que se usa para referirse a la literatura de *versión a lo divino*, tan abundante en los siglos de oro, como puede estudiarse en la obra de Bruce Wardropper.

Ese es el *Crotalón*, casual o intencionadamente, en sus capítulos de viaje extraterrestre, al imitar el diálogo de Luciano sobre el *Icaromenipo volador*, se convierten sus páginas en versión a lo divino de Luciano.

Empieza de este modo: "Tengo de cantar hoy cómo siendo Icaromenipo subí al cielo, morada y habitación propia de Dios. Hoy tienes necesidad de nuevo entendimiento y nueva atención, porque te tengo hoy de decir cosas que nunca las vieron ojos, ni orejas las

oyeron, ni entendimiento humano nunca pudo saber lo que tiene allá Dios aparejado para los que le desean servir".

Este párrafo inicial se distingue de su fuente de origen por el uso que aplica el autor de un texto de San Pablo, al querer allí anunciar la grandeza de lo que va a contar; se encuentra en la Carta Primera a los Corintios: "Cosas que el ojo no vio ni el oído escuchó, ni ha subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (2,9).

Ambos viajeros expresarán una finalidad semejante para emprender la aventura, hasta más allá de los astros. El griego dirá: "Yo, pues, como considerase y viese todas las cosas que son en la vida de los mortales, y las hallase vanas, caducas y no duraderas, de poco efecto, y que se truecan y mudan, así como son riquezas, señorías, y prelados, dejélas todas menospreciándolas, y volvíme a las cosas que son verdaderamente buenas, y esforcéme a salir de las tinieblas y de poder venir al conocimiento de la naturaleza de todas las cosas". Estas palabras expresan la crisis de un alma, con el ideal de separarse del mundo y vivir de la verdad y del bien. Juzgue el lector semejanzas y diferencias entre esto y el *Crotalón*:

"Sabrás que como yo considerase en el mundo con gran cuidado todas las cosas que hay entre los mortales, y hallase ser todas dignas de risa, bajas y perecederas, las riquezas, los imperios, los oficios de república y mandos, menospreciando todo esto, con gran deseo me esforcé a emplear el entendimiento y afición en aquellas cosas que de su cogeta (cosecha) son buenas a la verdad, y así codicié pasar destas cosas tenebrosas y obscuras y volar hasta la naturaleza y criador de todas".

Ambos expresan el deseo de llegar a conocer la naturaleza de todas las cosas, y Villalón, "a lo divino", agrega el conocer al criador de todas ellas. Pero olvida lo que ha dicho, y más adelante, por seguir tanto el original, repite como su modelo la aspiración por conocer qué es el mundo, cómo fue hecho y quién lo hizo.

Un camino emprenden: acudir a los filósofos, a fin de saber. En la descripción de los fenómenos de la naturaleza, cuya aclaración anhelan, se le produce al lector una fuerte evocación del poema de Fray Luis de León "Cuándo será que pueda".

Los pensadores les procuraron grandes desencantos por sus contradicciones, soberbia e ignorancia. Esta frustración decide la gran aventura del Menipo original: "Al fin pensé que por sólo una vía

podría salir de toda la duda en que yo estaba, que era si yo con alas puestas de alguna manera subiese al cielo". Muy práctico.

El Menipo español dirá: "Se me encajó en el alma que no podía alcanzar satisfacción de mi deseo, acá en el mundo, si no subía al cielo y a la comunicación de los bienaventurados". Si agrega el matiz cristiano, también omite del modelo pasajes muy pintorescos, como cierta referencia a las fábulas de "Isopete", que dejó por escrito que en el tiempo que las bestias hablaban hubo águilas y escarabajos y algunas veces camellos que volaron hasta el cielo".

Ahora contemos las técnicas de viaje. El viejo volador quiere superar al legendario Icaro, y evita pegarse alas con cera; tal vez no tenía condiciones como Ganimedes para que Júpiter lo elevara a los altos empíreos; por lo tanto precedió con cuchillo en mano: cortó un ala de águila grande y otra de buitre muy crecido; no explica cómo se las adosó, a fin de "vencer los vientos". El éxito le acompañó.

El Menipo español fue más favorecido de los dioses. Cuenta de su "genio", y enseguida se corrige, "digo el ángel de mi guarda", el cual se conmovió de sus problemas intelectuales y le consiguió una visa de Dios para ir a donde deseaba, porque el tal era un pania-guado del régimen celeste, muy privado del Altísimo, y así, de pronto le arrebató "y voló conmigo por los aires arriba".

No olvidemos el viaje de Luciano, con los reclamos que la luna le encarga a Menipo, ya conocidos a través de Hervás, y sus miradas furtivas a la tierra, vista como hormiga, y a los demás planetas, las entrevistas con los dioses y Júpiter en especial, hasta su regreso, traído por Mercurio, "colgado de la oreja derecha".

En este viaje de *Crotalón*, el autor describe estados síquicos hiperestésicos de aguda sensibilidad, las impresiones que le provocan la región del aire y del fuego, el cielo de la luna, la tierra y los demás planetas. Trae una historia aterradora, en medio de los espacios, como un espanto de Lovecraft: Al pasar por la región de Eolo, rey de los vientos, vio una gran multitud de almas colgadas de los cabellos con las manos atadas en la espalda; cuervos, grajos y milanos les comían vivos los corazones. El genio que acompaña al viajero explica qué gente era aquella. Se trataba de los ingratos que nunca fueron fieles a sus amigos y les pagaron con engaño y muerte.

Cuando el protagonista del *Crotalón* llega en su vuelo a la región suprema, se expresa con el lenguaje de la tradición que Dante convirtió en incomparable. El Menipo español y su genio se alegran por la luz que les alumbraba: han aterrizado en un cielo firme; se encuen-

tran en la morada eterna, en el palacio real de Dios; además, allí están las criaturas angélicas, "como en lugar propio, como es lugar natural el agua para los pescados, y el aire para las aves, y la tierra para los animales, hombres y fieras". La luz celeste, la silla y trono de Dios, la claridad de las estrellas producen un arrebatado tal en su alma, que olvida todo lo que amó en este mundo.

Inusitadas son las descripciones con que anima el ambiente que le fascina; pone unos campos y una llanura celestiales, inauditas riquezas de pedrerías, todo lo mejor de este mundo va a dar al tras-mundo, y las ponderaciones lo llevan a mirar todo lo de acá abajo como sombra o ficción, muy al modo de *La vida es sueño*.

Y llega un momento en que tiene que representar a Dios, que lo ha puesto sentado en un trono. Su interlocutor quiere saber a qué parte tenía el rostro la divinidad. La respuesta es así: "En el cielo no tiene espaldas Dios, porque a todas partes tiene su rostro entero". Los bienaventurados reposan en la contemplación divina, y nos dice: "mientras más della gozan, más la desean", con lo cual nos deja una imagen dinámica del cielo. Con gracia medieval explicará que allí no hay sillas ni asientos, porque las almas no se cansan ni sentadas ni de pie y están sumamente entretenidas, y, al fin, todas esas cosas son metáforas. No pueden faltar cantos, coros, melodías de ángeles y jovencitas que ejecutan en órganos, clavicordios, clavicímbalos "y otras diversas sonajas". Nuestro viajero echó una semana charlando con parientes, amigos y conocidos varios, una tertulia celeste de proporciones.

El autor, al modo del viejo Luciano de Samosata, hablará todo lo mal posible contra los filósofos, con esa ingenua intención de oponer verdades absolutas de orden religioso a las del pensar filosófico, y unos deseos de asesinatos en masa de todos los pensadores, sin que falte la gran quema de libros.

Nuestro arrebatado viajante será enviado a llevarle un recado a Satanás, pedirle que no se entrometa tanto en la mente de los filósofos, para no llevarlos a tanto error y confusión de ideas, como ésa de los que "se llaman reales y otros, nominales".

Al salir de las puertas del cielo, encuentra, con su ángel, un apiñamiento de almas que intentan entrar y no pasan. Son aquellos que en vida terrestre tuvieron excelentes intenciones, pero nunca las pusieron en práctica. Esta situación la ha imitado de *La Divina Comedia*, pero Dante sitúa esas almas en la esfera lunar.

Toda la mitología antigua en torno a la muerte, es comentada

en el *Crotalón*, a modo de preparativo mental al viaje del narrador a los infiernos. A cada dato mencionado, el autor practica su versión a lo divino. Por caso, si se trata de Aqueronte —es decir, “privación de gozo”—, el cual pasaba las almas por la laguna Estigia —es decir, “tristeza perpetua”—, el alcance de esta fábula es para decirnos que al entrar las almas de los condenados en el infierno, son privadas de gozo y consuelo espiritual, según los significados de esos nombres.

No bajaremos con él a visitar tales fuegos. Harto se complace, no sin unas gotas de sadismo, en describir horrores, castigos inauditos, algún personaje histórico, doncellas incestuosas, los oficios, los cargos, las grandezas del mundo, los vicios humanos. No sería extraño que el desconocido autor del *Crotalón* hubiese sido un eclesiástico un poquillo resentido. Por lo demás, al término de sus peregrinaciones cósmicas, el narrador dice a su oyente zapatero: “Quiérote contar agora un suave y gracioso convite, una opulenta y admirable copiosidad de una misa nueva, en que siendo clérigo en un tiempo me hallé”. Fin del decimoséptimo canto del gallo.

En el más bello planeta

No nos referiremos al célebre vuelo de los héroes cervantinos sobre Clavileño, ni discutiremos todo su alcance espacial. Marjorie Hope Nicolson lo cita: “Don Quijote too, was often in the minds of the cosmic voyages writers”. Otra historia muy desconocida tenemos.

Byran Dendle, de la Universidad de Michigan, ha señalado como antecedente de la ciencia-ficción el relato español. *Una temporada en el más bello de los planetas*, escrito por Tirso Aguimana de Vaca. Se publicó en 1870, a través de sucesivos números de la *Revista de España*. Fue escrito en 1850. Si no posee todos los encantos de una historia a lo Julio Verne, el atractivo principal reside en su descripción del viaje extraterrestre, rumbo nada menos que a Saturno:

“Al amanecer de uno de los días del mes de junio de 1822, se hallaban los habitantes de un pueblo, situados a siete leguas de Berlín, contemplando, con admiración, un globo de desusadas dimensiones, que rápidamente se elevaba por el espacio”.

Este es el comienzo. Sorprenderá tal vez que se conciba un viaje fuera del espacio en globo. Hay otro, si no yerro, a la luna, también en globo. Es de Edgar Allan Poe. *La aventura sin igual de un cierto Hans Phaál*. Aguimana inventa un recurso excelente para

darle "normalidad" al medio cosmonáutico que emplea. El globo asciende hasta el término de la atmósfera terrestre, allí se detiene, pero mediante una técnica especial entra en "las corrientes de comunicación interplanetarias". Una nota explica: "Además de las corrientes que desde los planetas van al sol, y viceversa, hay las que enlazan los planetas entre sí; por una de éstas íbamos nosotros". Pero lo sabroso es esto: el científico inventor del viaje, alemán, naturalmente, usa nada menos que una "brújula" para orientar el globo en el espacio exterior. A su compañero, un joven español, le dirá: "No os asustéis, Mendoza, si al entrar en la corriente de comunicación con Marte, sentís un estremecimiento extraordinario". Así sucede cada vez que se acercan a un planeta.

La conversación previa entre el científico Leynoff y el español, es deliciosamente ingenua: —"Mendoza, yo creo que es posible trasladarse desde la Tierra a uno de los mundos que pueblan el espacio. Y tanto lo creo, amigo mío, que pienso yo mismo efectuar este viaje.

—¡Cómo! ¿Qué decís?

—Que pienso trasladarme a un planeta".

De este modo, el alemán le explica a Mendoza todo su proyecto. Le muestra la nave y todos sus artilugios: "Y me enseñó, por último, una careta de vidrio para cubrir el rostro y parte de la cabeza, del borde de la cual se desprendía una tela doble de lienzo, en medio de la que había una capa de goma elástica muy espesa.

La careta era, como he dicho, para cubrir el rostro y la cabeza, y la tela para envolver el cuerpo en toda su extensión, pero sin adherirse exactamente a él. El espacio que mediaba entre la tela y el cuerpo, que sería como de dedo y medio, tenía por objeto mantener la superficie de aquél, rodeado de aire, pues sabido es que éste, no sólo penetra en los pulmones por la traquearteria, sino que es absorbido por la piel. Tenía, además, la careta, una abertura enfrente de la boca, la cual podía abrirse y cerrarse por medio de unos resortes contruidos con tan exquisita perfección, que permitían entrar el alimento sin dejar salir el aire.

Frente a la nariz tenía también un agujero tapado por una rosca colocada en la extremidad de un conducto largo y cilíndrico, el cual iba a parar al receptáculo que contenía el aire, y cuyo conducto, siendo, además, bastante elástico, permitía hacer todos los movimientos necesarios para manejar las máquinas, y para conducir el globo, en la dirección conveniente".

Las frustraciones sentimentales que había padecido en esos días Mendoza, le mueven a correr un riesgo de muerte tan posible como el suicidarse, al acompañar a su amigo en el viaje extraterrestre. A pesar de la resistencia del científico, al cabo de tres días, uno y otro entran en el globo, introducen los gases elevadores, y ya los tenemos saliendo por la atmósfera.

Las primeras etapas del viaje llevan la fascinación de la tierra. Va empequeñeciendo, desaparecen todos los lugares reconocibles, los edificios, los bosques, los mares; crece la presencia del espacio, la amplitud del universo. Ya sabemos lo que sucede en el borde final del aire atmosférico. Desde allí enfilan hacia las regiones espaciales de Marte. Mientras se acercan, en la cabina del globo, los viajeros se cuidan bien: abundan las fiambreras, el pan, vino del Rhin y buen apetito. El cielo es cada vez más negro, el sol más pequeño, crecen las distancias, las cifras, los asombros y se acercan los planetas habitados.

Mendoza se sobrecoge ante la presencia de Marte. Contempla un mundo igual a la Tierra: "Veo una ciudad, y con sus calles, casas y palacios. ¡Qué perfectamente se percibe el mar, y los continentes que por todas partes rodean! Si veo hombres, en este mundo, tan perfectamente distintos, como si me hallase junto a ellos".

La aproximación a Júpiter pone dramatismo al viaje, con peligros de muerte por las inmensas llamaradas del planeta que recalientan el globo y sus viajeros. No caen al enorme planeta; las "corrientes de comunicación" de Saturno los alejan del trance y siguen avanzando hacia el lugar de destino.

Una copiosa cena —el autor debe haber sido un gourmet— prepara la inminente llegada a Saturno, después de los riesgos y angustias de Júpiter. Salmón, champagne, y luego el espectáculo de los radiantes anillos de Saturno, más las siete lunas. Descienden en la parte iluminada del planeta.

Allí termina el prodigioso viaje interplanetario. Es la parte más fascinante del relato de Aguimana. Después, el mundo saturniano sólo tiene como singularidad el tamaño colosal de cada cosa, árboles y hombres son inmensos. Todo lo que se describa allí será igual a como se encontraba en la Tierra, durante los días del autor. No tiene ya interés referir todo lo que les sucedió a nuestros viajeros espaciales. Conviven con la familia del señor Nomara y otros personajes

saturnianos. Se engendra un tipo de relación humana de alta dignidad, superior a la terrestre, lección del autor, clásico procedimiento para mostrar otros mundos que superan nuestras limitaciones y ejemplarizan toda ética.

Nunca pone Aguimana una invención de cariz saturniano. Si describe una siembra, dirá que "unos animales parecidos a los bueyes, tiran del arado, pero son mejores que ellos". A lo más, cambian los colores habituales, junto con mejorar siempre las calidades de toda cosa. "Eran los carruajes de graciosa forma, grandes, cómodos y de exquisito gusto. Tiraban de cada uno de ellos seis caballos más corpulentos que los de la Tierra, de delgados remos, de huesosa cabeza, de dilatado pecho, duro casco y admirable estampa. Desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo, eran de un vivo encarnado, y todo lo restante de un color muy subido de violeta".

Entre las curiosidades que aparecen en Saturno figura la luz eléctrica. Tómese en cuenta que la invención de la bombilla de Tomás Alva Edison es de 1879. He aquí su descripción:

"La luz venía de un enorme globo de vidrio que aparecía colocado en el cielo por su elevación. Este globo, que cuadraba precisamente en el centro de la ciudad, estaba sostenido por altísimas columnas, que, arrancando de los arrabales y encorvándose graciosamente sobre sí mismas, remataban en un grande anillo, en medio del cual estaba colocado el globo.

Las columnas eran huecas, y en sus bases se veían pilas de mil elementos cada una, regadas con ácido nítrico que, actuando sobre el cinc, suministraban el fluido eléctrico necesario para sostener la luz. Los conductores del fluido eran alambres muy gruesos que subían por el hueco de las columnas para penetrar dentro del globo. La columna más ancha tenía una escalerilla de caracol, por la cual entraba el que había de tenerlo limpio".

No falta en ese mundo ninguno de los valores culturales que caracterizan la existencia terrestre. De Dios tendrán una imagen antropológica. Es contemplada en el cuadro de un templo: "La figura representaba un hombre desnudo, medio envuelto en una densa nube, que no dejaba percibir de él más que el pecho, los brazos, la cabeza y parte de la cadera y muslo izquierdos, puesto que descansaba sobre el lado derecho". En seguida exalta dicha representación: las admirables formas, la perfección de las facciones, la expresividad de los ojos, tales, que parecían hablar con quien los mirase. "Y en

aquella figura celestial se veían retratadas toda la grandeza y majestad de un Dios. Y a Dios representaba efectivamente”.

La imagen del universo que manifiesta el relato nos da una idea progresiva. Hay otros mundos y otros seres que ya han solucionado todos los grandes problemas. Una sucesión de humanidades, en creciente perfección. Un universo, por cierto, muy completo y alentador, en el cual es posible llegar a encontrar todas las cosas y todas las respuestas.

Las relaciones entre saturnianos y terrícolas son, por lo demás, exquisitas. Siempre se hablan los unos a los otros con gran consideración y altas palabras. Por esto, cuando ya los viajeros van a regresar a la Tierra, a causa de que Leynoff se encuentra muy grave de salud, y quiere morir en su planeta de origen, la despedida tiene este emocionado extremo: “Todas las noches, mientras vivamos —nos dijo el Sr. Nottely, desgarrado el corazón por su dolor—, hemos de mirar a una misma hora, vos, Mendoza, a Saturno, y nosotros a la Tierra. A lo menos, ya que no nos veamos nos hablaremos con el pensamiento”.

Con todo, Saturno es un mundo semejante a un cuadro fantástico, según expresa el autor, que “sólo puede crear la inteligencia en uno de sus delirios más espléndidos. ¡Ah, y así era todo en Saturno!”. No deja de divisarse en la calidad y nobleza de las relaciones que los terrícolas prueban de los saturnianos, cierta prestancia y generosidad propias del pueblo español. Y al fondo de las concepciones que cultivan los saturnianos, hay una nebulosa remota, central del universo, en la cual se encuentra a Dios.

Allí se entiende que la electricidad es el alma del universo. Allí no hay pobres. No hay tabernas. Es graciosa la siguiente conclusión admirativa. Va Mendoza por una calle del país Romalia, y contempla maravillado el ambiente de la ciudad y sus habitantes: “Se les veía entregados al trabajo, sin que en las calles se observase ese barullo, ni ese ruido atronador que en la Tierra producen los vagos, las mujeres del pueblo, los coches y las campanas”.

Todos los sentimientos alcanzan sublimidad: un joven enamorado de una chica que se llama Ameyda, le declarará gloriosamente: “...vuestra alma, llena de candor, aspira a otros goces más puros, a aquellos goces casi ideales de que sólo los ángeles pueden gozar”.

Un amigo suyo le ha consolado de sus problemas sentimentales; él le contesta con grandes párrafos de reconocimiento, hasta concluir con esta exclamación: "¡Santa amistad y cuánto puedes!".

Con todo, *Una temporada en el más bello de los planetas* es un relato muy singular para los días en que fue escrito, capaz de trasladarnos de nosotros mismos y de nuestra Tierra.